



MARCOS E. MILLA

**CARLOS MILLA BATRES, EL EDITOR QUE YO VI  
(MI PADRE)**

La muerte tiene esa forma terrible de llamar cuando no queremos verla u oirla; se impone inevitablemente y nos deja lidiando con su secuela. Nos acercamos al primer mes del fallecimiento de Carlos Milla Batres, llamado por Jorge Basadre el editor más importante del Perú en el siglo XX; el que tomó el testigo dejado por el otro Carlos, Prince, en el siglo XIX (esto se lo dijo delante mío, una vez que fuímos a verlo a su casa, durante la preparación de la edición de “Sultanismo, corrupción y dependencia en el Perú republicano”). Porque todavía no he tenido tiempo de sentir su ausencia, me animo a escribir estas líneas, para ofrecer una visión, a través de una puerta entreabierta, dentro del mundo de mi padre, sus creencias, su idiosincrasia, sus pasiones y humores intensos, y cómo todo esto determinó en gran medida su obra. Él no dejó ningún tipo de memoria escrita de sus años en el Perú, de manera que no tengo forma de presentar una versión exacta. Tampoco busco hacerlo.

La niñez de Carlos Milla fue un horror. De Berlín, El Salvador y huérfano de padre desde muy niño, fue adoptado por tíos suyos, terratenientes de una hacienda perdida entre los montes Merendones de Honduras, en Santa Rita de Copán. Vivió como un efectivo peón de hacienda –prácticamente un esclavo– hasta los quince años, edad en la que finalmente se decidió a fugarse de ese infierno en vida donde se le asignaron todo tipo de tareas, incluyendo las más indeseables: capar cerdos, beneficiar todo tipo de animales, asistir enfermos, heridos y agónicos; incluso vestir muertos (de aquí su extremo terror y desagrado por velorios y funerales). A partir de entonces, vivió la vida de un adolescente más de la calle, hasta ser recogido –providencialmente– por la primera persona importante en su vida, Mama Tere, Teresa. De ella sólo conservamos su nombre:

su apellido se ha perdido; se lo llevó Don Carlos, junto con tantos otros recuerdos. Debe andar por allí, entre sus notas y papeles. Dice él (aún lo siento muy cerca como para cambiar a pretérito; me tendré que ir acostumbrando, sin embargo...) que ella lo recogió como un águila aprehende un cordero del rebaño, uno entre tantos en los que se hubiera podido fijar; supongo que vio algo en él. Lo vistió, lo alimentó y le dio una educación. Se graduó de bachiller, con la orden al mérito de Francisco Morazán, en esa Tegucigalpa de fines de los 40, en la que el descontento social y la crítica a las clases privilegiadas ya era más que un pulso en la retrógrada Centroamérica bananera y cafetera al servicio abyecto de los Estados Unidos. Los estudiantes – entre ellos, él uno más– gritaban a voz en cuello contra políticos corruptos. Pero se las arreglaron también para diseminar noticias más o menos distorsionadas al grado de la comicidad en “El Tornillo Sinfín”, un folletín periódico cuyo estilo fluctuaba entre el “Don Sofo” de Sofocleto y el alegre “Monos y Monadas” de Yerovi, Carlin y León, cuando Morales Bermúdez lo dejaba salir. Ese pasquín parece haber sido su primer contacto con los dos temas que dominaron el resto de su vida: el quehacer editorial, con su proyección intelectual e histórica, y la denuncia social; ese afán de darle una voz a quien no la tiene por carencia de educación o condición social.

Él mismo me afirmó muchas veces que si se hubiese quedado en Centroamérica, ya sea su natal El Salvador o su adoptiva Honduras, la política lo hubiese jalado indefectiblemente a la defensa de los expoliados y de allí a una muerte segura, a manos de alguno de los muchísimos sicarios que tanto nos han hecho conocer sus acciones en defensa de la ultraderecha, sobre todo en El Salvador. Es así como a la edad de 21 años –para suerte nuestra– empaca dos camisas, un pantalón y no mucho más en una maletita y usar sus magros ahorros para embarcarse en un avión de la Panagra de la Casa Grace (reencarnada después en la hoy igualmente difunta Panam) con destino a Lima, atraído por el inmenso prestigio de la gran generación de la primera mitad del siglo XX de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos: Raúl Porras Barrenechea, José

María Arguedas, José León Barandiarán, Emílio Romero, Javier Pulgar Vidal, Jorge Eugenio Castañeda, Washington Delgado, Luis Jaime Cisneros, José León Herrera, Víctor Li Carrillo, Jorge Basadre, Ella Dumbar Temple, Luis Valcárcel, Estuardo Núñez, Luis Alberto Sánchez, Guillermo Lohman Villena, Fernando Tola Mendoza, Emilio Choy, Alberto Escobar, Pedro Benvenuto Murrieta, para mencionar sólo a algunos de los muchos cuyos nombres fui absorbiendo desde muy niño, ya sea a través de tertulias interminables que yo presenciaba en silencioso aburrimiento, o simplemente de su boca, mencionándolos con una admiración que rayaba a veces en el culto. Con algunos de ellos llegó a establecer entrañables amistades, muchas de las cuales conservó por años.

Igualmente es impresionante, sin lugar a dudas, la lista de sanmarquinos de ese entonces (y después), con los que se relacionó, aunque a diferentes distancias y en distintos momentos o lugares: Marco Martos, Javier Sologuren, Miguel Gutiérrez, Mario Vargas Llosa, Paco Bendezú, Luis Guillermo Lumbreras, Pablo Macera, Francisco Carrillo, Juan Gonzalo Rose, Arturo Corcuera, Abelardo Oquendo, Enrique Verástegui, José Antonio Bravo, Mario Florián, Jorge Cornejo Polar, Julio Ramón Ribeyro, Edgardo Rivera Martínez, Dora Bazán, René Bueno, Antonio Cisneros, Manuel Scorza, Carlos Delgado, Ibico Rojas, Winston Orrillo, Edmundo Guillén, Manuel Zanutelli, Miguel Maticorena, Alfonso Barrantes Lingán. Reconozco estar cometiendo errores aquí de exactitud y omisión, pero, nuevamente, estos son nombres que me impresionaron a través de conversaciones, citas, anécdotas, humores y malhumores (para prestarme el título del libro de Wolfgang Luchting).

Después de abandonar una temprana carrera en abogacía, es de estos círculos de los que él se nutre en temas sociales, posiciones políticas, opiniones estéticas, filosóficas e intelectuales. El San Marcos de comienzos de los sesentas, respondiendo al cambio de conciencia predicado por Mariátegui y Haya La Torre en el Perú y otros alrededor del globo (Herbert Marcusse, Ho Chi Minh, Jean-Paul Sartre, Ernesto “Che” Guevara, a quien admiró fervientemente), despertó en

él una profunda vocación social. El Perú de ese entonces era un país de señorones terratenientes y cholos, en el que la piel de un indio no valía caro (Ribeyro lo dijo primero, creo), el derecho feudal de pernada se practicaba en fundos perdidos en distintos puntos de la sierra, el arte de los Mendivil y Mérida y las iglesias primitivas, eran todos considerados por la sociedad limeña como degeneraciones culturales de indios ignorantes. Vallejo era apenas leído y su impacto universal prácticamente desconocido, los brillantes artistas indigenistas de la preguerra (mundial) eran curiosidades poco difundidas y hasta malinterpretadas. Pero el cambio estaba en marcha. Las novelas de Arguedas y Alegría, la Revolución Cubana triunfante en la bahía de Cochinos, el reconocimiento tácito de los cuatro blanquitos —a través del concienzudo Belaúnde Terry— que el Perú era un país por descubrir, el sacrificio aparentemente inútil del “Che”, la gran generación de poetas emergentes; hasta los hippies y las revueltas de Berkeley, y de París, y de Greenwich Village constituyeron el caldo de cultivo de la transformación social en ciernes. A esto se sumó sin duda alguna la omnipresente opresión de gobiernos cuarteros, en invariable asedio de la vieja casona del Parque Universitario, que fue tanto su casa como las varias pensiones vetustas en el jirón Puno, el jirón Lampa y aledaños. El huérfano volvió a encontrar otras alas protectoras, nutrientes del alma y el intelecto en su tan amada *alma mater*.

En medio de esta época de grandes cambios, Carlos Milla Batres se encuentra con un oficio y una tarea en medio de todo este cambio: el de editar y la de denunciar. Su nombre aparece por primera vez como editor en la Gaceta Sanmarquina. Poco después vienen la estupenda Visión del Perú, cuyos números se constituyen en el escenario de un contrapunto obligado entre pensadores tan distintos como José María Arguedas y Ciriaco Moncada, por ejemplo. Edición tras edición va definiendo su compromiso de presentar las diversas ópticas, las idiosincrasias encontradas, los puntos de vista diferentes. Recuerdo una a una las carátulas, conservadas en esos daguerrotipos mentales difuminados de nuestros primeros recuerdos de

niñez: un campesino labrando esforzadamente la tierra, el retrato de Ernesto Guevara de la Serna, el cuerpo y el rostro curtidos de Ciriaco Moncada, el campesino en acto sublevado –pero también desesperado– de Mérida. A estas obras iniciales llenas de idealismo, e inevitablemente, ideología (expresados con pasión y fuerza) se suman, y a través de los sesentas y setentas –sobre todo– muchos poemarios: *Surcando el aire oscuro*, *Informe al rey*, *Crónicas contra los bribones* (al hijo y la mujer divinos), *Destierro por vida*, *Cuaderno de quejas y contentamientos*, *Noé delirante* (preciosamente ilustrado por Tilsa Tsuchiya; la puedo ver en mis recuerdos, fumando como china en quiebra), *Agua que no has de beber*, *En los extramuros del mundo*, y por sobre todo, el gran Homenaje internacional a César Vallejo, con todo y un disco incluido con poemas selectos. Esta última es una de sus mejores obras, no solo por la calidad de la edición, también por la envergadura de los literatos y estudiosos que contribuyeron trabajos sobre Vallejo.

Todo esto lo sé de memoria, sin necesidad de consultar un index. ¿Por qué?: por la pasión que mi padre ponía en la edición de cada uno de estos libros. Declamaba poemas tarde, mañana y noche, *ad libitum*, *ad Deo gloriam*, *ad nauseam*. Nunca pude entender esta pasión –que por demás sacaba de quicio a mi madre– hasta mucho después, cuando los golpes en la vida comenzaron a dolerme como para reencontrarme con los Heraldos Negros como quien se encuentra con un amigo de infancia inapreciado, a quien sólo entonces se estima como a un tesoro. Dos días después de su entierro, en un rato de calma, durante el tedioso y fascinante proceso de ordenar sus cosas con mis hermanos, me reencontré con *Cuaderno de quejas y contentamientos*. Le agradecí –en ese momento– el haber perseverado por sobre nuestra propia penuria económica familiar en publicar estos tesoros invendibles. Mi papá constituyó una de las más importantes salidas para una generación extraordinaria de poetas, cuyo vanguardismo aún suena tan vigente estos días. Es increíble; uno coge cualquier poemario publicado en los últimos cinco años y no parece tan nuevo ni fresco como las brillantes exploraciones de

Rose, Martos, Cisneros, Verástegui, Florián en esos años. Debe haber sido muy difícil para ellos crecer bajo la sombra incommensurable y fresca aún de Vallejo; hay que quitarse el sombrero frente a estos tipos.

La narrativa peruana contemporánea fue su siguiente objetivo, a fines de los 60 y sobre todo durante los 70. Carlos Milla Batres promueve con muy buen olfato a escritores por hacerse o ser difundidos, como Miguel Gutiérrez, Francisco Carrillo, Eleodoro Vargas Vicuña, José Antonio Bravo, Laura Riesco, Gregorio Martínez. Si bien Julio Ramón Ribeyro ya era un escritor hecho y derecho cuando cruza sendas con mi padre, son sus ediciones de *La palabra del mudo* (uno de los grandes clásicos del cuento iberoamericano), *Los geniecillos dominicales*, *Crónica de San Gabriel*, *Cambio de guardia*, *La caza sutil* y sus *Prosas apátridas* las que lo promueven y hacen una figura inmediatamente reconocible en la literatura peruana. Las obras indigenistas lo fascinaron y las publicó con entusiasmo (*Nahuin*, de Eleodoro Vargas Vicuña; *Isicha Puytu*, de Jorge Lira; el anónimo quechua *Tutupaka Llacta*). Todas estas son obras que mi mamá y mis hermanos conocemos bien, pues nosotros hacíamos bastante de la corrección de textos. Así ganábamos de chicos nuestras propinas, así como repartiendo pedidos y facturas. De esta forma fue que conocí en persona a todos librerías y editores de Lima de ese entonces (Carbone, Castro Soto, Merel, Mejía Baca, Iturriaga, Campodónico, Montenegro, los hermanos Rojas, Sanseviero). Incluso participábamos de las animadas presentaciones de libros en el local de nuestra librería, en la plazuela de La Recoleta. Fue una época dorada en nuestra memoria colectiva e individual, alternamos en presentaciones y chifas con la crema y nata de la intelectualidad limeña. Recuerdo a Emilio Choy, regalándome el primer número de la revista "Science" en el que puse mis manos, y también enseñándonos a comer con palitos chinos. Recuerdo participar en conversaciones con Ribeyro, Vargas Vicuña, Congrains, Delgado, Bravo, tantos otros, ¡Vaya años! Estábamos bajo la tutela del velasquismo, llamado nefasto en su momento; me pregunto si

tanto en realidad, después de los gobiernos democráticos que pasaron desde entonces. No había Sendero, andábamos en medio del boom de la pesca, la minería y con grandes yacimientos por explotar en Trompeteros, Capirona, Pavayacu; la selección peruana de fútbol hechiza con su movimiento del balón y captura la Copa Sudamericana del 75. Por un momento, el Perú mostró un proceso de reinención genuino en lo social, cultural y económico. Al final resultó o un espejismo o un proceso cortado, pero me enorgullece la contribución de mi papá –más aun como extranjero– a éste.

Es a mediados de los sesenta que mi papá descubre o es descubierto por la segunda y última figura adoptiva en su vida: así como hubo una Mama Tere para sustituir a la ausente madre Susana Batres, hubo también un padre inspirador, el padre Rubén Vargas Ugarte, S. J. El padre Vargas fue su mentor en historia. Su trabajo con él, mayormente en la edición de la monumental “Historia General del Perú” le dió tanto el *training* como la visión para atacar los grandes proyectos–sueño de su vida: el Diccionario Histórico y Biográfico del Perú (la primera obra de este género en sobrepasar el diccionario de Mendiburu), el Atlas del Histórico y Geográfico del Perú, y sobre todo la trágicamente inconclusa Enciclopedia Temática del Perú (cuyo título y plan “El Comercio” plagiaara este año; una de las tantas exoliaciones a las que tuvo que resignarse durante su carrera). El padre Vargas fue un modelo ético en su vida, además de guía espiritual, más por ejemplo que por su sotana, dado el distanciamiento ideológico que mi papá siempre interpuso con la iglesia católica. Bajo la tutela de Vargas Ugarte mi papá llega a ser el editor reconocido, cuyo sistema de edición y diagramación tiene una influencia tal en la bibliografía peruana que equivale a lo que en arqueología se define como un “horizonte”. Pero esto es algo que mi papá no llegó a apreciar completamente, y yo solo lo he hecho recientemente. Es triste, pues él sintió una gran frustración al ver cómo su trabajo fue copiado –incluso plagiado– tantas veces, sin recibir crédito alguno. No se dió cuenta que estas imitaciones, una a una, prueban la efectividad y gran influencia de su estilo editorial

en nuestro medio. Uno no necesita un crédito explícito a Mozart para reconocerlo claramente en las sinfonías de Brahms, Beethoven, Schubert y tantos otros.

Mi papá descubre durante la edición de la Historia de Vargas Ugarte el poder de la ilustración, no como un accesorio al texto, sino como un complemento dinámico que resalta las ideas, estimula la lectura, llegando incluso en ocasiones a examinar los planteamientos del autor (recuerdo las vivas discusiones interminables con Pablo Macera, durante la preparación de figuras y epígrafes para su *Visión histórica del Perú: del paleolítico hasta nuestros días*). Para lograr esto, mi papá investigó minuciosamente archivos de mapas y otras ilustraciones en bibliotecas y museos; recorrió Europa identificando en el proceso verdaderas joyas documentales sobre el descubrimiento y conquista del Perú, así como el período virreynal y los primeros años de la República. Las postales llegaban inesperadas de todos lados: San Petersburgo, Amsterdam, Londres, Berlín, Roma, Madrid, Lisboa, París, Moscú, Copenhague, Estocolmo. Viví cerca de un año afuera durante la edición de cada una de las dos fases de *La Historia* (el virreynato y la República). Nuestra familia de alguna manera se hizo a la idea de aceptar a este papá itinerante, pasando varios momentos de los setenta en España, editando. Carlos Milla transforma el rol del editor: ya no es simplemente el profesional que prepara el texto para su publicación, va más allá. De ser el encargado de proporcionar el material ilustrativo, pasa a comentarlo, darle vida propia, interconectada a la voz del autor. Otra prerrogativa que toma en muchas ocasiones es la de encontrar los títulos, cosa que también tuvo diversos grados de aceptación (y por ende, irritación) entre los autores. He presenciado varias discusiones directas o epistolares al respecto con Ribeyro, Laura Riesco, Miguel Gutiérrez, José Antonio Bravo, para mencionar solo unos cuantos, al respecto. Mi papá a veces podía ser terco, obcecado e irritante. A veces tenía una visión muy apasionada —muy intensa— de las cosas. Yo creo que los intelectuales más amigos aprendieron a tolerarlo, otros simplemente terminaron peleados con él.

Las profundas crisis económicas que vivimos en diversos puntos desde el gobierno de Morales Bermúdez para acá, Sendero nuevamente, los nefastos gobiernos de Fujimori y García: todos estos factores contribuyeron a una crisis tanto de lectura como de producción que quitaron bastante viento de las velas editoriales de Milla Batres y la mayoría de editoriales dedicadas a las letras y humanidades peruanas. Mi papá optó por concentrar sus energías, a partir de los 80, en la producción de obras de gran envergadura, muchas de las cuales van a quedar como su legado más fundamental: los diccionarios enciclopédicos, compendios históricos, atlas geográficos e históricos. A estas obras, en algunos casos desde los 70, se suman varias ediciones menores importantes en arqueología e historia, destacando el inteligente y clarísimamente escrito “Los Orígenes de la Civilización en el Perú” de Luis Guillermo Lumbrellas, otro amigo para el recuerdo, cuyos “tours privados” del Museo de Arqueología y Antropología de Pueblo Libre recuerdo con inmenso cariño y gratitud. Está también Edmundo Guillén Guillén, con sus originales ideas sobre la resistencia inca a la ocupación española, William Lockhart, con su interesantísimo estudio “Los de Cajamarca” y el bello trabajo del padre Biedma sobre las misiones del convento de Ocopa.

Girando en torno a 1979, mi papá aprovecha la oportunidad para redescubrirnos a los peruanos los grandes historiadores de la guerra con Chile: Mariano Felipe Paz Soldán y Jacinto López. Edita también las memorias de Andrés Avelino Cáceres y de su esposa, Antonia Moreno de Cáceres, dándole por primera vez voz a la participación femenina en la guerra. También hubo importantes obras de investigación literaria. Esta fue la verdadera pasión de su vida, como lo demuestran sus tesis de bachiller y doctor de San Marcos, dedicadas a la identificación de dos personajes de nuestras letras coloniales: el Ciego de la Merced (Francisco Del Castillo) y Amarilis (Gerónima de Garay Muchuy). Edita así varios trabajos claves de análisis literario, estilístico o histórico (Lenguaje y discriminación social en América Latina, de Escobar; Panorama de la literatura

en el Perú, de Sánchez; La novela en América Latina: diálogo, Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez; De nuestro antiguo teatro, compilado por el Padre Vargas Ugarte, entre muchas otras).

Mi papá tuvo casi nada de apoyo estatal o privado para este amoroso trabajo de difusión de la cultura peruana. Yo creo que a ratos esto lo frustró mucho, pero la mayoría del tiempo se las arregló para no descorazonarse demasiado y seguir andando. La Enciclopedia Temática del Perú resume, aun inconclusa, su gran visión peruanista. De alguna manera poco comprensible para un especialista como yo, Carlos Milla se las arregló para visualizar un plan global y sistemático, abarcando la geografía, historia, humanidades, artes, ciencias naturales y sociales del Perú. Contactó a autores líderes en sus áreas en el Perú y el mundo. No se cómo pudo organizar este esfuerzo a partir de su caótico sistema de manejo de autores y textos, pero lo hizo. La Enciclopedia no sólo es una gran colección de artículos tremendamente claros y didácticos sobre nuestro país en cada aspecto, es también un “quién es quién” de la cultura, artes y ciencias nacionales. La colección Milla Batres de fotos, ilustraciones, mapas y documentos complementa fuertemente estos trabajos. Espero que algún día toda la obra completa pueda ser producida.

¿Cuánto nos tocará esperar al próximo Carlos, el del siglo XXI? No lo sé. El que yo conocí, como hijo, como asistente de corrección, diagramación, como crítico, parece tan insustituible. El nunca negó sus raíces centroamericanas, que cultivó tardíamente, tras la muerte de su madre; mas su corazón era peruano, estaba en el Perú —donde hoy reposa— vinculado a su pueblo, al que tanto admiró, y vinculado para siempre a su cultura, que tanto lo fascinó. Todo lo que hizo, lo realizó con una gran pasión; trabajó como un loco por los objetivos más inalcanzables con resolución y energía envidiables; nunca temió ni el poder ni el dinero, como lo demuestran sus obras y sus juicios a veces tan duros. Es el hombre más desprovisto de miedos y compromisos que he conocido; feliz de gritar a los cuatro vientos que el emperador no tiene ropas. Se enamoró de nuestras letras, nuestra historia, nuestras artes; ...conocía

tan bien cada recoveco de nuestro bagaje geográfico, histórico y cultural... Me imagino que si pudiese incorporarse de su tumba, lo primero que haría es apuntar entusiasmado hacia el otro lado del valle, al sitio del combate de La Rinconada, y comentaría animadamente sobre este hecho ocurrido hacia el final de la campaña de Lima durante la guerra con Chile. En el mejor estilo de nosotros los peruanos, creo que nos va a tomar un tiempo reconocer el vacío que él nos está dejando, más aun llenarlo. Pero de nuevo, cada vez que estoy en Lima y entro a una librería a ver las nuevas ediciones de tema peruano, hechas también con grande y meritorio esfuerzo, puedo ver un poco de mi papá en ellas. Puedo escuchar esos pequeñitos temas de Mozart guiando la música hacia adelante. Carlos Milla Batres no nos va a dejar tan fácilmente.

Lima y Filadelfia, Diciembre de 2004.